

PEDRO PÉREZ PUCHAL

ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ Y SU GENERACIÓN DE GEÓGRAFOS

Pese al maltrecho de la edad y a los estragos en la salud, no he querido dejar pasar el evento de que mi voz, ya débil pero aún perceptible, se oiga en este número de nuestra querida revista, dedicado a quien fue su fundador y maestro de quienes hemos colaborado con ella, don Antonio López Gómez, quien me ha enseñado cuanto sé en materia de investigación geográfica, aunque le gane —y sólo en esto le gano— en unos pocos años de edad. Prematuramente jubilado por imperio de una ley, disparatada por tantos conceptos, que despide sin miramientos, como si de depuración a palos de ciego se tratase, a aquellos que, habiendo consagrado su vida a la Universidad o a la Administración, muchos de ellos se encuentran en lo más granado de sus saberes y experiencia, es de esperar que, sin embargo, la Universidad Autónoma de Madrid siga aprovechando los de López Gómez en calidad de Profesor Emérito (etimológicamente, de *ex merito*, lo que procede del servicio, de la conducta, que justifica una ganancia). Y ¿cuál es esa conducta, cuáles esos servicios? Veámoslos en síntesis.

López Gómez accedió a la alta docencia junto con esa generación que llegó a las cátedras universitarias a lo largo de los años cincuenta, pletórica de ideas y de entusiasmo, formada por unos pocos, poquísimos, profesores, como fueron Melón y Ruiz de Gordejuela, Manuel de Terán y, más próximo a ellos por edad, aunque de menos extensa influencia o contacto, por profesar desde Zaragoza, Casas Torres. Estos, a su vez, habían recogido (*ex nihilo*, nihil) unas chispas de la generación inmediata anterior (Dantín Cereceda, Bullón) que intentó renovar una Geografía lánguida, de escaso interés, martirio de escolares, concebida como mera ciencia auxiliar de la Historia, demasiado pegada al sentido etimológico de su nombre, descripción de la tierra, ocupada en la localización de los accidentes de su superficie, catalogación de sus recursos, trazado y evolución histórica de sus fronteras e importancia numérica de la población encerrada entre éstas o entre los límites de las demarcaciones administrativas; tan sólo la dimensión política de la ubicación y poderío económico y militar de los Estados había cobrado un cierto desarrollo en las grandes concepciones geoestratégicas de un Mahan (*The influence of the Sea power upon the French Revolution and Empire*, 1892), de un Mackinder (*Geographical Pivot of History*, 1904), de un Kjellen (*Der Staat*

als *Lebenform*, 1917) y de un Karl Haushofer con su *Zeitschrift für Geopolitik*, 1924 ss.). Pero esto no era auténtica Geografía, era sólo una rama de ésta, pero que, horra de verdadero fundamento y método científico no podía conducir más que a lo que condujo: a ser utilizada como propaganda pseudocientífica por los afanes expansionistas de la Alemania hitleriana, a su descrédito y a que costase el transcurso de varios decenios para que la Geografía política, cimentada en los sólidos basamentos científicos a los que en el ínterin había alcanzado la Geografía, renaciese de su cenizas.

Los maestros de la generación que ahora llega o está a punto de llegar a la jubilación (BOSQUE MAUREL, CABO ALONSO, FERRER REGALES, FLORISTÁN SAMAMES, GARCÍA FERNÁNDEZ, LÓPEZ GÓMEZ, MENSUA FERNÁNDEZ y VILÀ VALENTI), nutriéndose de los frutos de las escuelas francesa y alemana, sentaron las bases científicas de una Geografía sobre las que sus expresados discípulos construyeron sólidamente una metodología, una orientación y unos estudios que, esquivando los estériles resultados del determinismo que tanto esfuerzo baldió derrochó la escuela anglosajona, permiten hoy conocer una genuina Geografía de España en el campo de la Geografía regional y unos principios en el de la Geografía general, que son los que aprendimos de ellos sus discípulos y que nos situaron, a unos con más éxito que a otros, en el recto camino de unos conocimientos que, como cualquier ciencia, evolucionan, pero que es un camino por el que jamás se llegará al estancamiento y esterilidad en los que la Geografía permaneció durante siglos.

En esencia, esta concepción radica en la unidad de la Geografía, en la idea de inseparabilidad del medio físico y social, de que hombre y naturaleza se moldean reciprocamente durante siglos y siglos y que, por tanto, los diferentes elementos de la Geografía física y humana, junto a la Historia, llegan a constituir superficies unidas y únicas, que se diferencian de otras por sus caracteres, esto es, las regiones. Los fenómenos del medio natural (tipo y disposición de las rocas, erosión y relieve, climas, suelos y vegetación), tan íntimamente relacionados entre sí, y los tres aspectos principales de la vida colectiva humana (actividad económica, asentamientos y organización social y cultural) conectados con aquéllos explican una ordenación lógica del espacio y de sus variaciones en la superficie terrestre.

En estos principios se habían apoyado las grandes concepciones de la primera mitad del siglo XX: la *Géographie regionale* y la *Landschaftskunde* o conocimiento del paisaje. Y en estas concepciones se formaron y construyeron la prácticamente inexistente Geografía de España, la generación de geógrafos (y sus escasos maestros) a la que destacadamente pertenece Antonio López Gómez. Sólo que no se limitaron a la descripción y explicación razonada de las regiones españolas, sino que profundizaron en la esfera de la Geografía general de España o de alguna de sus ramas, pero siempre con el mismo criterio de interrelación, conexión, interacción mutua y variedad espacial, con lo cual han acumulado un ingente material y unas construcciones organizadas que permitirá, si alguna emprendedora editorial y las Universidades ayudan, o sea, *Deo volente*, la redacción

del gran Tratado de Geografía de España que esperamos y que intentó Terán desde 1954, pero que tras largos años ha quedado incompleto y ya obsoleto.

Hermosa labor sería para esta generación y para lo mejor de sus discípulos inmediatos (*maiores maiora sonent*, como diría Marcial) el que bajo la coordinación de uno o dos de ellos, compusieran en unos pocos años ese Tratado, completo, puesto en los vislumbres del siglo XXI y que, sin complejos neodecadentistas *fin de siècle*, recogieran de un modo sistemático todo el fruto de su labor a lo largo de la segunda mitad de la actual centuria bajo el punto de vista de lo que ha sido su época y antes de que las nuevas corrientes que encauzan las Ciencias Sociales la empalidezcan. Porque, adondequiera que esas corrientes conduzcan a las ciencias geográficas, lo que no se podrá ocultar jamás es que su desarrollo no hubiera sido posible sin el infatigable acarreo de materiales y su ordenación dentro de un concepto altamente científico como el que guió a la generación de que tratamos. Huelga añadir que el tomo de *Geografía regional de España*, 1968, y el de *Geografía general de España*, 1978, dirigidos por los hace tiempo extinguidos y grandes maestros, Terán y Solé Sabarís, y publicados ya con notable retraso, no son, ni por su fecha, ni por su extensión de manual para estudiantes universitarios, el gran Tratado puesto al día para investigadores que postula nuestro tiempo. Claro es que, aunque sólo hubieran escrito esos espléndidos manuales, junto con el resto de su obra dispersa en libros monográficos y revistas geográficas, el paso de esta generación de geógrafos por el mundo no hubiera sido en balde, ya que la bibliografía que acompaña a los referidos libros dan testimonio de la importancia de su obra, ejecutada por lo menos hasta la mitad del decenio de los setenta. Pero resulta obligado conocer la posterior.

Por lo que respecta a la obra del maestro que en este Cuaderno homenajeamos, es de señalar que, tras un hondo y preliminar aprendizaje del modo de investigar en este campo del conocimiento, ejercido en el estudio del norte del Sistema Ibérico, se lanzó decididamente a profundizar en el estudio de la Climatología general y particularmente en la que afecta a nuestra Península e Islas y esto le llevó como de la mano al examen de los cultivos valencianos de regadío, materia prácticamente virgen para unos ojos formados en la geografía científica. No obstante, los trabajos de sus numerosos discípulos que han ampliado y hecho más practicables los caminos que él desbrozó, nadie ha hecho todavía un estudio más completo de la geografía agraria valenciana en toda su variedad de matices y singularidades que son consecuencia de las variedades del clima, del relieve y suelos, de la antropología cultural y su evolución histórica, así como de la ingeniería civil de los embalses, que se remontan al siglo XVI, y la reglamentación de la distribución de aguas en las distintas comunidades de regantes, siempre obedientes al principio formulado por Luis Jordana de Pozas de que a menor disponibilidad hídrica, mayor frondosidad del Derecho de Aguas y a las observaciones de López Gómez sobre los factores influyentes en la circunstancia de que el derecho a regar estuviera unido o no *ipso iure* a la posesión de la tierra. Y su curiosidad le condujo hasta los regadíos del Bajo Ebro y de Canarias y a la geografía rural y minera de la Sierra de Atienza. En su navegación vital por tres Uni-

versidades, no fue en balde su larga estada en la de Valencia, su «patear» infatigable por *les terres valencianes* (título de uno de sus libros inolvidables) y su exacta y penetrante observación de todos los rasgos geográficos de esta región, pues ello le ha convertido en el mejor conocedor y más claramente explicador (salvo acaso su discípulo ROSSELLÓ VERGER, *rara avis in terris* que ha sabido ponerse a la par de quien le enseñó, sin llegar a la práctica tan usual en nuestras Universidades de dar «al maestro, cuchillada») de la región valenciana y alrededores de Tarragona y Almansa, desde el delta del Ebro a la Vega Baja del Segura y «desde donde se levanta el sol hasta el ocaso».

La inquietud de López Gómez no le consintió remansarse en estos logros, sino que siguió en el campo de la geografía de los transportes, singularmente los urbanos, y en la indagación geohistórica de las *centuraciones* romanas, así como de las antiguas presas de Aranjuez y del Guadarrama, ya que el ejercicio docente desde la Universidad madrileña forzosamente había de hacer converger su escrutadora mirada de geógrafo a la Castilla de su nacencia y formación.

Por eso hay que decir de él que es un castellano universal. Como jamás prescindió de la Historia como componente geográfico de primer orden, sabe que «Castilla hizo a España», perdiendo muchos hombres y riqueza en el empeño de fundirse con los demás pueblos de Hispania, y él quiso —y sigue queriendo— aportar su grano de arena (yo diría su piedra escuadrada) a la conservación y mejora de esa España, conjunto de pueblos que han mezclado su sangre y su cultura con la castellana. Y esto lo ha conseguido fundando y afirmando la escuela valenciana de Geografía y no vacilando en aprender la lengua autóctona hasta el punto de publicar, con la ayuda traductora de otros, su obra *in utraque lingua*. Y ahí están sus libros en valenciano, que están esperando su versión castellana para que puedan alcanzar mayor número de lectores.

En otra página de esta revista encontrará el lector la lista completa de las publicaciones de López Gómez y calibrar por sus títulos la variedad de temas y comprobar que ni una sola de las ramas más destacadas de la Geografía física y de la humana ha dejado de ser tocada por su pluma. Claro es que, siendo la concepción geográfica afirmada por López Gómez y su generación, más todavía que una ciencia de análisis previo y de síntesis posterior, fiel a la unidad indisoluble de la Geografía, un cierto modo de observar, una manera peculiar de tratamiento de la realidad, del complejo natural, social y cultural de la superficie terráquea, han podido surgir numerosas ramas secundarias (secundarias para el sustantivo, no para el adjetivo que lo califica), como son la Geografía médica, la jurídica, la religiosa, la étnica y racial, la política, la del hambre, la del ocio y tantas otras, y en algunas de ellas, no sólo por su localización en el mundo, sino como componentes de la población de cada Estado o región. Estas no han sido abordadas por esta generación que estudiamos, pero también es cierto que, gracias a esa concepción que ellos consolidaron, algunos de sus discípulos han podido desbrozar algunas de estas ramas secundarias, como son la del poblamiento histórico, la de los transportes aéreos, la del ocio, la político-administrativa, la electoral e incluso alumbrar el comienzo de la vereda que lleva a una Geografía jurídica de

España. Pero esto, como diría Kipling, es ya otra historia: la de la generación que López Gómez y sus coetáneos formaron, la de la que ésta, a su vez, originó, fiscalizada por los de la primera a través de su participación en tribunales juzgadores de tesis doctorales. De modo que bien puede decirse que los de la primera son ya padres y abuelos de dos generaciones surgidas durante los treinta y cinco años *ca.* en que ejercieron o ejercen su magisterio.

Treinta y cinco años son muchos para que pudieran discurrir plácidamente en la homogeneidad de pensamiento implantado en un mundo en que las ciencias sociales avanzaban con casi tanta rapidez y a su zaga como las físico-naturales y la Tecnología. Primero fue, en los años sesenta aquí en España, la polémica sobre la *Geografía aplicada*, que dividió a la generación de que tratamos sin más fruto aparente que el de la emulación entre escuelas (tan sana en la ciencia como la competitividad en los mercados), pero sin que cuajara en incommovibles principios y métodos desde que apareció hasta que cayó en el olvido sin pena ni gloria. Más adelante, ya casi en los ochenta, fue la aparición de la anarcoide *Geografía radical*, originada en el abril norteamericano y mayo parisién del 68, sucesos que, vistos hoy con perspectiva histórica, fueron, no el principio, sino el final y la cancelación, fulgente por el ingenio de sus *slogans* y carteles, de toda una época. Por eso, todas sus secuelas no fueron sino frutos nacidos muertos de una esplendorosa pseudofloración; o, apurando la metáfora, las semillas carentes de poder germinativo esparcidas por una llamativa flor como la que brota de la pitera a morir. Esta corriente no afectó a la generación de que hablamos, suficientemente bien formada para no caer en el error que sufrieron, por ejemplo, los geopolíticos alemanes de los años treinta de politizar la Geografía. Sí, en cambio, prendió en algunos, pocos, de sus discípulos, que se vieron atraídos por la fosforescente putrefacción del cadáver, aún insepulto, de la idea decimonónica de la extrema izquierda, sin más resultados, por otra parte, que el demostrar una vez más la certeza del dicho de que cualquier ignaro puede romper una norma, pero es menester un genio para hallar una norma nueva.

Pero lo que sí azotó a esta generación durante el largo período de su vigencia fueron dos circunstancias de enorme trascendencia para la ciencia geográfica. De una parte, la profunda transformación experimentada en España, que seguía con retraso la de Europa occidental y Norteamérica. Cuando estos hombres se formaban en la Universidad para ser profesores e investigadores se encontraban en una España «zaragatera y triste», más triste que zaragatera, cuya población activa era en su mitad primaria, o sea, dedicada a la agricultura en el más amplio sentido rural de la palabra, y la otra mitad dividida por casi iguales partes en secundaria o industrial (buena porción de la cual, ocupada en la construcción) y terciaria (con parte considerable en servicio doméstico, comercio ambulante, pequeños tenderos u otros servicios de baja condición social). En otras palabras, España era un país subdesarrollado, arruinado su primer brote industrial e infraestructura de comunicaciones por la guerra civil, de baja renta *per capita*, donde la agricultura, escasa de abonos químicos (el orgánico no faltaba, dicho sea *cum grano salis*), pesticidas y casi carente de maquinaria, era, esto no obstan-

te, su principal riqueza de exportación, aunque de bajísima productividad; con una industria en trance de penosa reconstrucción e insuficiente y unas ciudades que crecían enfermizamente con la acumulación de suburbios de chabolas improvisadas por quienes huían del campo, donde no tenían ya medios de vida. En fin, el doliente cuadro de un país de lo que entonces empezaba a llamarse Tercer Mundo, con un pasado algo mejor y que, fiel a la tradición del hidalgo del Lazarrillo de Tormes, se esforzaba en aparentar en sus menguadas clases medias un bienestar del que estaba en ayunas, como no fuera en comparación con los terribles años de la guerra e inmediata postguerra.

Estos hombres, ya profesores, vieron ante sus propios ojos convertirse a España en veinticinco o treinta años (especialmente en el *quindenio prodigioso* que va de 1959 a 1973) en un país moderno, cuya población primaria había descendido por debajo del 20%, mientras la secundaria ascendía al 38% (de la que sólo la cuarta parte se ocupaba en la construcción) y la terciaria al 43% (con escaso servicio doméstico o de baja condición y, en cambio, con una proporción, en crecimiento y difícilmente evaluable aún, de población cuaternaria o dedicada a servicios de alta calificación, relacionada con la tecnología de punta y la informática). Un país altamente urbanizado con menos de un tercio de población rural (parte de la cual trabaja en las ciudades) después de los masivos desplazamientos migratorios ocurridos y que tanta literatura barata y lacrimeante produjo. Y una sociedad con notable desarrollo de las clases medias, alza pujante del valor real de los salarios (que la crisis que vivimos ha deteriorado un tanto) y de la calidad de vida. Y con unos problemas urbanos y de disposiciones de redes urbanas e influencias de éstas sobre su entorno, problemas hasta entonces desconocidos y que era obligado estudiar, porque representaba una revolución del complejo geográfico.

Eso explica el que, habiendo comenzado sus indagaciones esta generación con especial acento en lo rural, donde con más claridad se mostraba la interconexión y recíproca influencia del medio físico y el humano, base de su concepción de la Geografía, fuera desplazándose su interés al ámbito de la geografía industrial, urbana, comercial, demográfica y de comunicaciones hasta darse cuenta de que la idea de región que les había sostenido, como unidad territorial de características que las individualizaba y diferenciaba de las demás, había evolucionado con cierta rapidez a la de región *nodal o funcional*, determinada por su integración de funciones con relación a una ciudad o metrópolis, agigantada por aglomeraciones edificadas y conurbaciones que se enlazaban con ella por medio de transportes rápidos y que la popularización del automóvil facilitaba. Era, pues, un mundo distinto al que habían comenzado a estudiar, en que el microclima urbano requería atención, la acción antrópica sobre el relieve no podía pasar inadvertida, como tampoco la vegetación adventicia de solares y descampados y la necesidad de preservar espacios verdes y lugares para el tiempo libre que permanecieran naturales o lo menos incontaminado posible. En fin, una serie de problemas nuevos que exigían ordenaciones del espacio que no resultaran inútiles por haber desconocido la inexorable conexión e interacción de los elementos del

complejo geográfico, esta vez en unos espacios urbanos, suburbanos y con un *rus* mediatizado por urbanizaciones (*neighbourhoods*) y movimientos cotidianos de personas y mercancías para el trabajo, las compras, la enseñanza o la distracción. La alteración de cualquiera de estos elementos del complejo modifica a los demás o los demás sofocan con el tiempo esa modificación provocada en uno de ellos. Se trata, en definitiva, de un mundo distinto en el que, sin cambio notable de la concepción geográfica hasta entonces mantenida, exigía una conversión de objetivos, de campos de observación y de algunos métodos que la irrupción de ordenadores y computadoras alentaba.

Esto de una parte, que supo ser bien aprovechada. Pero, de otra parte, acaeció un cambio en la concepción científica de la Geografía, que procedía de los cambios ocurridos en las Ciencias Sociales y que apareció en las escuelas anglosajonas, singularmente norteamericanas, hacia finales de los cincuenta (con antecedentes alemanes, Christaller, Lösch), pero que tardó algún tiempo en afirmarse y completarse y bastantes más años en difundirse por España.

En cierto modo podría decirse que esta mutación, que echaba sus raíces en la propia Filosofía de la Ciencia, era una vuelta a la Geografía clásica creada por Humboldt y Ritter, sólo que *servata distantia* (y *mutatis multa mutanda*), ya que, si la Geografía clásica terminó en los errores del determinismo, que hubo de corregir la *Géographie regionale* y la *Landschaftskunde* dando fiabilidad y rigor al conocimiento geográfico, esta nueva concepción, que el inglés Manley bautizó en 1966 como *New Geography*, volvía a acercarse a las ciencias físico-matemáticas, como estaban haciendo las demás Ciencias Sociales con el fin de hacerse nomotéticas o formuladoras de leyes de validez universal. Esto lo hacían posible los cambios experimentados en el campo filosófico de la Teoría del Conocimiento. Laplace, en el siglo XVIII, había sugerido que era posible conceptualmente, si se tuvieran en la mano absolutamente todos los datos, prever el destino de cada átomo del Universo hacia adelante y hacia atrás en el tiempo; de aquí la formulación de leyes de causa a efecto y al determinismo científico que, con el positivismo del siglo XIX, se contagió a las Ciencias Sociales e incluso al Derecho (el criminal nato, la falta de libre albedrío que viciaba los actos jurídicos y sobre todo los punibles, lo que conducía a la irresponsabilidad del agente criminoso, con lo cual el derecho del Estado a penar no radicaba en un acto de justicia, sino de defensa de una sociedad que, según las teorías revolucionarias, no la merecía porque era ella la que creaba los delincuentes, víctimas de las circunstancias que era preciso modificar; teorías que aún siguen resonando en nuestros oídos: «si la propiedad es un robo, el hurto no es más que cambiar las cosas de sitio», dijeron los del 68). En Geografía sabidos son los dislates a que condujo la idea de que el medio natural condicionaba irremediabilmente al hombre y no es menester detenerse en ellos.

Pues bien, en 1928 el físico Heisenberg estableció su *principio de indeterminación de la materia* al enunciar que no se puede prever la trayectoria de las partículas atómicas (electrones) y tan sólo podemos calcular la probabilidad de que un electrón choque contra un punto dado de una pantalla o que otra partícula mate-

rial pueda ser encontrada en un determinado lugar de un instrumento dado. Este principio venía a romper el de causalidad en las ciencias físico-naturales y a sentar el de que incluso las leyes físicas son aproximaciones estadísticas de muy alta probabilidad basadas sobre poblaciones inmensas uniformes. Esto ha hecho ver que no existía la diversidad entre las ciencias físicas y las humanas de ser unas causales y las otras no, tal como pensaba Dilthey, Windelband y Rickert con su clasificación de *Kultur-* o *Geisteswissenschaften*, de un lado, cuyo método es la comprensión y reconstrucción de los hechos, y de otro lado, las *Naturwissenschaften*, basadas en la búsqueda de relaciones y formulación de leyes causales. Por tanto, es posible volver a la unidad de método en el conocimiento de todas las Ciencias y que las Sociales o Humanas pueden ser nomotéticas o normativas, que permiten prever y no sólo explicar, mediante el cálculo estocástico de normas o leyes de la conducta humana colectiva (la individual es imprevisible), pero no con la rigidez de la causalidad, sino sometidas a la probabilidad, ciertamente menos alta que la de las leyes físicas, por lo que la excepción no las invalida, pero con el mismo fundamento matemático.

Esta unidad de métodos en todas las ciencias se traduce en Geografía en que su objetivo debe ser formular leyes de ordenación del espacio (espacio que se va uniformando en todo el mundo civilizado) que expliquen las regularidades que se dan en el mismo y que permiten prever la evolución de los procesos estocásticos. De aquí las denominaciones de *New Geography*, de cuantitativa, teórica y por modelos, así como la necesidad para el geógrafo de proveerse de sólidos conocimientos matemáticos, desde las diversas ramas de la Estadística (Cálculo de probabilidades, Teoría de juegos, Análisis factorial) hasta el Cálculo matricial y el Análisis funcional. Conocimientos que para nuestros geógrafos, formados en Facultades humanísticas, son difíciles de adquirir.

El ataque comenzó desde la Geografía Económica mediante la aplicación de modelos de la Teoría Económica, amenazando a esta Geografía con convertirse en una extensión de la Estructura Económica, lo que no impidió que se extendiese a las demás ramas geográficas, especialmente a las que más interesan al geógrafo moderno, como son la Geografía urbana, comercial y de comunicaciones, demográfica, ordenación espacial en redes urbanas, etc. Existe ya una frondosa bibliografía, alguna traducida al español, que, con ayuda de un perfeccionamiento matemático del discípulo, ayuda a formar geógrafos de este tipo.

Porque es justo decir que, aunque estas corrientes han llegado tarde para la generación de la que hablamos y no es fácil ni apenas factible que cambien totalmente sus propias concepciones, que tan fructíferas han sido y que han dignificado el estudio de la Geografía en nuestras Universidades, es lo cierto que se han esforzado en estudiar esta *New Geography* y explicarla a sus alumnos; incluso alguno de sus miembros se han adentrado tímidamente en la investigación provistos de estos nuevos instrumentos; pero es evidente que es a sus discípulos jóvenes a quienes corresponde desarrollar la investigación de la Geografía en estas nuevas direcciones y, de hecho, ya hay algunos jóvenes y menos jóvenes que ya lo están haciendo y no sin brillantéz. De lo que debemos felicitarnos porque pién-

sese lo que se piense de esta nueva manera de trabajar y de esta concepción, ahí están, son las de esta época, y el *Dasein*, el estar ahí, por decirlo en los términos metafísicos heideggerianos, son la existencia que sustenta nuestro tiempo y lo sustentarán en tanto no sean reemplazadas por otras concepciones, como inevitablemente lo serán, corriendo el tiempo. Pero entretanto, sea por sus éxitos, sea por sus fracasos, sea por la disolución de la Geografía a que conducirán, si se llevan a sus últimas consecuencias, o por todo ello a la vez, la Geografía habrá dado un paso adelante en la comprensión de este mundo nuevo que se transforma con tanta rapidez.

Personalmente, no he visto en estos nuevos puntos de vista más que descubrimientos de obviedades, bien conocidas de los geógrafos desde hace tiempo, pero, eso sí, desprovistos de la extraordinaria precisión, despliegue de aparato y de la elegancia del razonamiento matemático, aunque no de la estética de la prosa de algunos profesionales. La objeción que, a mi juicio, puede oponérseles es que, así como es inútil buscar en la Naturaleza líneas rectas, circunferencias o polígonos, regulares o no, sino formas parecidas y toscas a esas figuras geométricas, no hay modelos que se ajusten a la terca realidad y que sólo consiguen que en algunos lugares, no en todos, ni siquiera en casi todos, se den caracteres más o menos parecidos al modelo. Pero ¿es tan elegante expresar en diagramas y fórmulas matemáticas, aunque sólo sea, por ejemplo, lo que expresa la ley gravitatoria, que el volumen migratorio entre dos lugares (o el de mercancías o de información) es directamente proporcional a la población del lugar de origen y de destino e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ambos lugares! Aunque luego haya que reconocer que el factor distancia no es uniforme y tengan que introducirse los índices de paro y el nivel de salarios en un lugar y otro, o que la existencia de oportunidades interpuestas altera la ley de la distancia y, según las cuales, la emigración andaluza debería detenerse en Madrid o en la región valenciana antes de llegar a Cataluña o al Norte de España. O bien, el sugestivo modelo de Gould quien, utilizando la teoría de juegos, dedujo la combinación de cultivos con mayores rendimientos bajo las impredecibles condiciones climáticas en una zona de Ghana; todo para llegar al establecimiento de porcentajes de cultivos de maíz y arroz muy aproximados a los que los propios campesinos habían llegado hace mucho tiempo. ¿Y dónde están las redes hexagonales de lugares centrales de Christaller, salvo en una remota semejanza en el sur de Alemania? O ¿dónde se cumple la regla categoría-tamaño (*rank-size*), ni siquiera en grandes espacios? Y así sucesivamente.

Y es que la construcción de modelos simplifica y utiliza únicamente lo que es mensurable y cuantificable, nunca tratan el problema en su total y rica complejidad. Cuando es en esta totalidad donde ha estado siempre la dificultad, pero también el incentivo y el objeto del geógrafo. ¿Qué nos dice la altísima renta *per capita* de Kuwait y de los Emiratos Árabes o de Venezuela sobre la calidad de vida, difícilmente mensurable, de sus súbditos?

Esto, no obstante, los jóvenes deben explorar este terreno, aunque sólo sea para comprobar que conduce a una especialización tal que producirá, como dijo

tiempo ha un tratadista francés, a *l'écrasement du géographe ou à l'éclatement de la géographie* y que, si se insiste en ese camino de alejar a nuestra disciplina del ámbito humanístico donde siempre estuvo, a caballo de las Ciencias naturales y de las humanas, el geógrafo físico acabará siendo un geólogo, un hidrólogo o un físico del aire y el geógrafo humano, desasido de la Geografía física y de la Historia, un economista, un urbanista, un demógrafo estadístico, un sociólogo o hasta un investigador de mercados y se habrá llegado (y esto lo digo yo) al *anéantissement de la géographie*. Porque, como ha dicho Minshull, «cualquier estudio que termina en un concepto abstracto de fenómenos físicos o humanos será ciencia natural o social, pero no geografía»¹. Ésta recae sobre hechos reales, verdaderos, analizables, relacionables entre sí y capaces de síntesis que expliquen su constitución en un proceso evolutivo y su funcionamiento.

Echen los jóvenes sus arados a roturar los nuevos terrenos, que es seguro que algún fruto obtendrán, algo nuevo hallarán que hará dar un paso adelante a la Geografía, puesto que la teoría también la enriquece, siempre que no se quede en eso, en teoría sin contraste con la realidad y, además, la cuantificación siempre se ha empleado en cuanto ha sido posible y no la estorba en absoluto, por el contrario, le da mayor seguridad. Pero que no olviden que su trabajo será posible gracias a la auténtica Geografía de España que construyeron casi de la nada sus maestros, los de la generación de López Gómez y la de sus más inmediatos discípulos, la enumeración de cuyos nombres aquí será interminable, pero que hoy están en plena y fructífera madurez. Y sepan también que la base de los modernísimos *modi operandi* son sus concepciones, sus líneas directrices, sus enfoques (con los matices que cada cual ha imprimido a tenor de su personalidad) podrán cambiar, porque lo que no evoluciona muere, pero siempre cimentarán la Geografía como algo más que un montón de datos localizables en el mapa, indispensable sólo para la Enseñanza General Básica y para los topógrafos, geoestrategas y tácticos militares.

En lo que toca a Antonio López Gómez, su obra perdurará mucho más allá de su propia existencia y no sólo porque será fuente inagotable de consulta, sino porque en su expresión hay arte, hay literatura geográfica. Su prosa es escueta, ceñida, escasa en metáforas y en adjetivos calificativos; por tanto, directa, clara, con gran riqueza léxica de exacta precisión. Tiene su estilo esa difícil sencillez que explica lo que quiere decir sin enmascarar con hojarasca ni oropeles retóricos el mensaje. De ahí que ocupe en la obra de sus congéneres, también de valiosa estética, como forjada en la de su maestro, el académico Manuel de Terán, un lugar de primera fila. Mientras la Geografía, cualesquiera que sean las variantes que experimente su epistemología, no pierda ese carácter, consustancial con ella, de ser un modo especial de observar y explicar el entorno en su rico conjunto; mientras la expresión literaria de la observación geográfica perdure, la obra de López Gómez y de su generación no perecerá en los desvanes o sótanos de archivos y bibliotecas. Porque *tempus fugit, homo perit, ars manet*.

¹ MINSHULL, ROGER: *The changing nature of Geography*. London, Hutchinson University Library, 1970, pág. 144.